

La filosofía como vocación y servicio

En honor de Enrique José Varona

JOSÉ VASCONCELOS

Biblioteca de México

Si fuésemos a juzgar a los pensadores representativos de las etapas formativas de la cultura americana con criterio académico de profesor de filosofía, nuestro dictamen se limitaría a señalar las influencias de Europa que en cada uno se manifiestan, como quien intentase formular un cuadro de aprovechamiento de escolares más o menos distinguidos. Y los extranjeros ante proeza tan ingenua tendrían razón de sonreír. Pero si colocamos al filósofo americano en relación con su ambiente y el poder que su voluntad ilustrada tuvo para modificar, mejorar ese ambiente, nos encontramos entonces con un tipo de filósofo venerable y fecundo que se parece más al sabio de la antigüedad que al moderno erudito y técnico de la problemática metafísica. Al primer tipo, de intelectual vivo y activo pertenece nuestro Enrique José Varona.

Afortunadamente, en nuestros pueblos, el filósofo ha sido, por lo menos en la etapa heroica de nuestra formación nacional, un héroe de la idea; un creador de cultura. Y no es que haya actuado en sociedades rudimentarias, ni porque haya sido improvisado autodidacta. No es primitiva una sociedad como la hispanoamericana de la época de la emancipación, que disfrutó durante varias centurias los beneficios incalculables de la educación tomista impartida en Liceos y Universidades, de México a Lima y más tarde a Buenos Aires y Córdoba. Sólo la mala fe científica o seudocientífica puede afirmar que fueron estériles los siglos de la dominación española que hoy, al contrario, parecen gloriosos para todo el que es legítimo heredero de las verdades eternas; siglos que plasmaron el alma hispanoamericana, merced al proselitismo encendido de frailes filósofos, que lo mismo enseñaban las artes manuales que la metafísica medieval; metafísica tan completa, tan supe-

rior a tantas metafísicas hoy en boga y que ni siquiera cuentan con la justificación de su época, puesto que, deliberadamente, se desarrollan, como por ejemplo la fenomenología, a espaldas de la rica experiencia de nuestra edad, la experiencia científica, que según confesión propia es puesta, con toda la realidad. . . , “entre paréntesis”.

El problema de los pensadores que intentaron organizar la conciencia americana de acuerdo con los nuevos moldes del sistema liberal republicano adoptado por todas nuestras naciones, fué de los más arduos. No se desenvolvían dentro de una barbarie, en la cual toda improvisación resulta útil; sino que debían transformar haciendo uso de valiosos elementos ya conquistados: la lengua culta, la tradición escolástica, los sentimientos cristianos de una sociedad que no abdicaba ni de sus viejas creencias, ni de sus hábitos civilizados y humanos, refinadamente europeos y cristianos.

Resultó entonces que el objetivo del filósofo era mejorar lo existente y no, como se ha supuesto, sembrar en tierra totalmente virgen, menos aún en conciencias desiertas. El vino era viejo y sólo era menester acondicionar odres nuevos para guardarlo, sin que dejase de existir el peligro de echar a perder el vino en el transvase.

En los pensadores de la época de Varona, cada nueva doctrina filosófica se convertía en el alma de una cruzada de inmediata aplicación social. Y el filósofo, más preocupado de la calidad de lo que predicaba que de la manera cómo lo sabía, se desentendió, casi del todo, de problemas epistemológicos, se estableció en la plaza pública para difundir la verdad, con plena conciencia de todos los riesgos que supone la pelea al aire libre, en todas las latitudes. Por eso, un recio carácter ha sido la condición constitutiva de casi todos estos intelectuales que conquistaron influencia en nuestro medio: un Hostos, un Martí, el más bien dotado de todos, un Varona, un Sarmiento, un Rodó.

La filosofía que cultivaba Varona, el positivismo de los finales del siglo XIX, ha sido muy discutida, y de ella no fué Varona un simple repetidor. Personas entendidas han señalado la capacidad inventiva de Varona que, en su psicología, manifiesta atisbos de temas que más tarde se desarrollan en la gran ciencia de la psicología, de Norte América. Pero su obra, como la de todos sus contemporáneos intelectuales, alcanza mayores resonancias en la educación y en la política. El positivismo, según lo sabe hoy todo el mundo, no era capaz de satisfacer los apelos de espíritu, menos que en nadie, en una raza

como la nuestra, educada en las elevadas especulaciones de la metafísica aristotélico-tomista. Sin embargo, el positivismo abrió para nosotros la etapa de la experiencia científica, a través de la cual el hombre ha conquistado el conocimiento de la realidad concreta que nos rodea, en forma que de seguro, nos envidiaría el propio Aristóteles si resucitase. El cultivo de las ciencias experimentales fecundó nuestras Universidades, tal como lo hizo en el resto del mundo, y en el caso particular nuestro nos libró de plagas que, como la del krausismo, debilitaron la mentalidad filosófica peninsular, por no sé cuánto tiempo. Y más recientemente, en estos mismos días que corren, el interés y el conocimiento relativo a las investigaciones de la ciencia experimental, a saber, de lo concreto, nos libran de entregarnos a ese idealismo abstracto que pretende reducir la filosofía al manejo de los conceptos, hecha omisión de sus contenidos, y que al mismo tiempo, imagina imponer a la realidad leyes mentales que como la dialéctica, responden, si acaso, a un aspecto de la mente lógica, nunca a la integridad del saber que organiza la conciencia. La realidad no es dialéctica; tampoco lo es la conciencia. El positivismo que al principio creyó poder sistematizar el conocimiento en torno al determinismo que parecía ser la ley del fenómeno, gracias a un desarrollo científico imparcial, libre de prejuicios y de partidarismos políticos, nos enseña hoy, que los fenómenos o más bien dicho, los casos más humildes de la existencia, el átomo y su protón, revelan capacidades de espontaneidad y de indeterminación que echan por tierra todo mecanismo y devuelven al espíritu la confianza en la libertad de sus destinos y la posibilidad de ajustarlos a posibilidades ilimitadas dentro de las cuales el propio albedrío, vuelve a ser factor y no siervo. Rota de esta suerte la necesidad dialéctica y superado el mecanismo de los positivistas, el filósofo recobra el alma y la ejercita con ambición y confianza de arquitecto. Ya no como analista que se agota en el detalle, niega el plan y se desintegra en un existencialismo que predica angustia y nada, allí donde la virilidad de las épocas filosóficas grandes halló siempre alegría y plenitud, canto de victoria de la existencia como personalidad inquebrantable, cuya vocación es la conquista de la celeste dicha.

De todas maneras, el tipo de filósofo a que perteneció Varona no es de aquellos que se gastan en la preocupación de plantear el problema, desconfiados desde el principio de su capacidad para resolverlo, sino de aquellos otros, más resueltos que se consideran obligados a compro-

meterse apuntando, marcando soluciones. El planteamiento es tan sólo una primera posición del filósofo, que se queda estéril si no viene seguida de la valiente aceptación de la responsabilidad que supone adoptar decisiones y señalar rutas. Esto último lo hicieron sin vacilaciones los filósofos de la época de Varona y lo hizo el mismo Varona, por eso la juventud de Cuba lo reconoció como maestro, porque lo vio sufrir a su lado, lo mismo la duda que el riesgo político, a la vez que compartían todos con masculina ausencia de angustia, los chorros de luz, que a menudo recibe de lo alto la conciencia.

Varona entendía que para formular conclusiones hace falta ciencia; pero dado que el hombre por serlo, jamás abarca la extensión infinita del saber, hay que conformarse a menudo con la modestia de lo que sabemos para afrontar sin desmayos las exigencias que el honor impone a nuestra conducta. No hablo yo, por supuesto, del deber como meta, porque hay una más alta que hoy reconoce el cristiano y ya sospechaba Platón y es la que rige la conducta por el amor y la preferencia la subordina a la belleza, por encima de las balanzas de precisión de la justicia.

Sin atención alguna al ídolo abstracto del logos ético, el imperativo categórico, o el sustituto moderno del formalismo filosófico, que es toda esa axiología que es obra de las escuelas y no ha podido dar en todo un siglo, ni un poeta, ni un héroe ni un santo, la ética de los filósofos del tiempo de Varona se inspiraba en el desinterés personal que llevaba a menudo al filósofo a la rebeldía y al sacrificio. Allí es donde triunfando de la barbarie del medio, se hacía querer de la juventud y reanimaba la confianza de los patriotas. Era entonces el filósofo, el sabio, que por serlo y para probar que lo era, se convertía en director de opinión y para ello aceptaba las responsabilidades más graves, con algo de Sócrates y nada de un Hegel, pongo por caso.

En cuanto al contenido mismo de la filosofía de Varona, su posición ideológica, no seré yo quien pretenda afirmar que podemos encontrar hoy inspiración en ella; valieron estos hombres más como ejemplo de lo que debe ser el sabio, que como creadores de ideologías. Graves errores tendríamos que señalar en su obra si fuésemos a juzgarla según las convicciones de nuestro tiempo. La posición extrema y notoriamente injusta que adopta Varona cuando afirma, por ejemplo que "pocos espectáculos son para mí más melancólicos que el de los errores seculares de España, porque han pesado y pesan con fuer-

za abrumadora sobre Cuba y los cubanos. . . Si hay sombras, muchas más sombras que luz en el cuadro, no las ha puesto el pintor. Y si no parecen lisonjeras mis consideraciones a los pueblos hermanos del continente, entiendan desde luego que no envuelven censura, porque ellos como nosotros han sido víctimas de un sistema inicuo . . .”, y en seguida culpa a España de que no supo dejar entre nosotros una industria floreciente, capital abundante y sanas ideas políticas.

Hoy sabemos que España, con la industria de la plata, invención suya, hizo, por ejemplo, de México, el primer país del Continente dotado de caminos, Universidades, teatros, templos y bibliotecas en el siglo que fué para los Estados Unidos e Inglaterra de muy modesta emulación cultural de lo que entonces consumaban nuestros antepasados. Hoy sabemos también que la revolución industrial que transformó la historia no se debió precisamente a la Carta Magna, que ya con anterioridad España tenía fueros y libertades que no igualaba ninguna otra nación europea y que el éxito vino, porque precisamente la industria necesitaba de los pueblos que poseían la hulla y el hierro, ya no la plata de México, sino el acero de Pittsburg.

Nuestra sociología ha adelantado. Lo que recordamos con veneración al pensar en nuestros inmediatos predecesores de la filosofía es la claridad de la conducta cívica que supieron adoptar durante las crisis frecuentes que hemos padecido; crisis de valores morales durante las cuales ellos supieron poner a salvo la dignidad de nuestra herencia castellana y cristiana, que ha exigido y sigue exigiendo honra para la existencia, honra que da firmeza y libra de toda suerte de angustias, incluso la angustia metafísica, y para nuestra mente la claridad del saber que por encima de escuelas y modas busca afirmarse en lo eterno.

El continente americano se encuentra atento a las labores que desarrolla este Congreso. La importancia capital que hoy alcanza la Argentina, con sus Universidades flamantes, su espíritu de creación y novedad, en la política y en la ciencia, su potencia nacional que desborda y la presencia en la Argentina de cabezas ilustres de todos los rumbos del mundo, hace que se espere de nosotros, algo más que disquisiciones de índole técnica o planteamientos rigurosos que no pasan de ser hazañas de literatos. Que el ejemplo de Varona nos recuerde que el filósofo pertenece a la plaza pública, por lo menos durante algunas etapas de su destino. Nuestros pueblos han menester de luces

para su conciencia a fin de disipar las sombras de nuestra actualidad. Ejemplos que sirvan de avanzada en la marcha hacia el bienestar y la libertad, es lo que tradicionalmente se espera de la filosofía. Nunca como ahora ha habido urgencia de que el filósofo acepte las responsabilidades de su misión y se apreste a cumplirlas.

Claudica el filósofo cuando se encierra en su especialidad y se excusa diciendo: me atañe averiguar el cómo de los sucesos, independientemente de su porqué o de su finalidad. En el filósofo cabal arde siempre chispa mesiánica, el germen de alguna fe. El filósofo, inteligencia pura, necesita redimir su privilegio de precisión y claridad, poniéndolo al servicio de aquellas causas que nos demandan humildad y sacrificio, decisión y confianza en que podemos, en que debemos colaborar en el triunfo definitivo del Bien. Aquel bien sin el cual la libertad misma sería motivo de riesgo, pero nunca de plenitud y de alegría.